





FRANCISCO MONTERDE

Atento siempre el Instituto Bibliográfico de la Universidad Nacional Autónoma de México a cuanto acontecimiento importante que se relacione con autores y libros, para conmemorarlo con exposiciones y actos como el que ahora nos reúne aquí, no podía dejar que pasara inadvertido el cincuentenario de la iniciación en las letras, de un escritor y penalista como el doctor Luis Garrido, notable en ambos aspectos, a quien tanto debe, además, la Institución docente que guió con mano firme, en horas de prueba: las que precedieron a su instalación en la Ciudad Universitaria que él había contribuido a realizar dignamente.

Me complace haber sido designado para participar en este homenaje —al cual se suma, desde luego, la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, a la que pertenecemos, como se unirán, sin duda, otras academias en las que el doctor Garrido figura—, aunque yo no sea el mejor preparado para hablar aquí, ante el selecto auditorio que me escucha, acerca de la obra del escritor, ya que será un abogado quien se ocupe en la labor desarrollada por el penalista, y quien debe hacerlo, el que hable del hombre.

Otros, como el doctor Adrián Correa y los licenciados Juan González Alpuche y Antonio Luna Arroyo, trazaron en su oportunidad la semblanza del doctor Luis Garrido.

El hecho de compartir una tribuna —como esta noche, para honra mía, acontece—, obliga a pensar en los distinguidos oyentes cuya bondadosa atención no ocuparé por entero. Para hablar de la amplia obra que el doctor Garrido, escritor —a la vez que abogado y maestro—, ha realizado, no debo excederme del límite previamente fijado, el cual abarcará una media hora, dentro de la duración de este acto. Tal espacio me obligará a pasar con rapidez sobre el contenido y la calidad de algunas obras del escritor y a detenerme en otras sólo contados minutos, ya que su producción ha sido abundante en el medio siglo que ahora se cumple.

En 1922 la editorial "Cultura" —ya prestigiada entonces— publicó la primera obra de don Luis Garrido: *Los apólogos de mi breviario*, con "portada, ex-libris y final de Nicolás Puento". Tomo de prosas breves, con el que su autor deseaba alejarse

de los escuchas frívolos para fijarme —decía— en los lectores meditados, capaces de repensar cada idea; circunstancia a la que se debe el que varios motivos no estén desarrollados íntegramente, pues he deseado ofrecer el problema quebrado en facetas innumerables, cada una de las cuales sea susceptible de contener la solución. Este procedimiento, un poco paradójico —agregaba— tiene la ventaja de ahuyentar el dogmatismo de las cosas, en las que cada hombre observa una parte diferente de su esencia.

En las páginas iniciales hacía constar su odio "a las cátedras que sólo nos dan sagrados e imperiosos postulados", y su amor "a las del tipo de aquellas en que Sócrates enseñó la sabiduría sin limitaciones". Entre lo abominado por él, estaban "los cerebros que son máquinas de preferir". Deseaba condensar las notas de su "vida espiritual, medida en arte por las reacciones impresionistas..."

Situado voluntariamente dentro del impresionismo, para hallarse al día en asuntos de arte, en vez de escribir un tratado de compacta prosa, optó por elegir el ensayo breve y vaciar sus ideas en molde análogo a la parábola que José Enrique Rodó había preferido, no solamente al asomarse al mirador del mago de "La Tempestad" shakespiriana.

El boletín semanal de información bibliográfica de esta Biblioteca Nacional, *Biblos* —que redactaba en un rincón de la misma sala donde nos encontramos—, dio cordial bienvenida a *Los apólogos de mi breviario*, en septiembre de 1922, porque es obra que prueba "la certidumbre del escritor, dueño ya de los recursos del idioma". En tales "cuadros pequeños —decía— los detalles se aprecian en toda su pureza". Se recomienda en la nota bibliográfica la "excelencia de este prosista cuidadoso y pulcro a la vez que sincero y firme, que supo encontrar el estuche adecuado para sus camafeos y para sus esmaltes".

Palabras escritas para recordar el título de una de las obras que habían influido no sólo en su tiempo sino en épocas posteriores, al desear al joven escritor que pronto ofreciera nuevos libros.

Tal sugestión —no sólo debida al autor de aquella nota— influyó quizá en Luis Garrido que cuatro años después ofreció la segunda de sus obras: *El amor inglosable*, con “portada y ex-libris de R. López”, modestamente impresa, en la Escuela Industrial de la Beneficencia Pública, y dedicada a un compañero suyo: Miguel Fernández Ledesma, hermano mayor de otros dos artistas: Enrique y Gabriel Fernández Ledesma.

*El amor inglosable*, “novela”, se lee en la portada, aunque los cinco breves capítulos que la integran sólo lleguen a la página 61, en la cual termina ese episodio de la vida de un joven, Jorge Velasco, bachiller que viene de su provincia —donde quedará esperándolo Camila, su prima, con quien aprendió a leer— y que estudia aquí, para médico, mientras filosofa con su amigo Enrique, por el que conoce a María Elena, la joven pecadora que, después de atraerlo, acabará por dejarlo.

Se trata, pues, de una novela corta en la cual a las reminiscencias románticas —Jorge empieza a conocer el amor en *Pablo y Virginia*, de Saint Pierre— se unen influjos modernistas, perceptibles, sobre todo, en el interés que el autor muestra por lo sunuario, al describir el ambiente ornamental donde vive María Elena.

El narrador —que empieza a sentirse atraído por el teatro: entre sus obras “próximas a publicarse” se sitúa “La razón de vivir (drama en tres actos)”, probablemente debido a Oscar Wilde, cuyas comedias estaban de moda entonces— revela tal influjo en el título de su libro de cuentos *En torno a la paradoja*, formado con relatos —que inicialmente aparecieron en revistas literarias y magazines— reunidos en volumen en 1937, según informa la advertencia, fechada en París, en el invierno del año precedente. En esas páginas preliminares, el autor afirma que “La historia corta, la biografía comprimida —trasmutación de la novela— y el cuento, forman como en ninguna otra época, el núcleo principal de expresiones literarias.” Antes escribió, en la misma advertencia, que “en el orden literario la crítica elimina las grandes narraciones”. (Aún no se conocían ampliamente las obras de Proust y Joyce.)

*En torno a la paradoja* contiene una veintena de relatos, en su mayoría breves —varios de ellos, de tres páginas— y una novela corta: “El festín de dos colores”, que cierra el tomo. En este libro se consolida el prosista, quien —igual que los modernistas y algu-

nos narradores actuales nuestros— sitúa la acción de sus relatos en lugares remotos, de Inglaterra y de Francia, preferentemente. Como varios de los modernistas que a través de lo cosmopolita arribaron a su propia tierra, el autor de *En torno a la paradoja* acaba por encontrar el terruño: paisajes y figuras de revolucionarios michoacanos y jaliscienses surgen hacia el final del tomo, en que el prosista emplea nuevos recursos de expresión, al pasar en lo metafórico de las frases donde es inevitable el puente —como, cual— a aquellas en que la imagen es directa (a veces, enigmática, dentro de lo que sugestivamente insinúa).

En un relato: “Juramento turbador”, incurre en el virreinalismo —que Valle-Arizpe representaba aún—, con el cuento del pirata prendado de una dama noble: doña Aurora. En otro, “El arcano del No. 12” ensaya con fortuna la narración policiaca desarrollada en un mundo extraño. Con el penúltimo cuento: “La mujer que leía a Dekobra”, comienzan a percibirse influjos de otras tendencias que entonces predominaban no sólo en literaturas europeas: las que lindan con el hermetismo.

Se incorpora, en este libro, a la corriente que imperó entre nuestros escritores: la de poner, bajo el título de cada relato, el nombre de una persona amiga; con lo que muchos resultamos deudores al caballero Luis Garrido, que nos favoreció con alguna dedicatoria impresa al frente de uno de sus cuentos de *En torno a la paradoja*.

Su interés por el teatro se manifiesta en este libro con “Yanga”, ensayo dramático —dedicado a Alfonso Teja Zabre, historiador, novelista y dramaturgo—, en el que escenifica el incidente del cual es protagonista un negro esclavo perseguido, que busca refugio en casa de Mateo Alemán, el autor de *Guzmán de Alfarache*, residente en la Nueva España a principios del siglo XVII. En las dos primeras escenas, Alemán conversa con Bartolomé de Góngora, quien censura la actitud levantisca de los negros, y aquél los defiende, por la servidumbre en que viven. Apenas se marchó Góngora y la dueña ha cerrado la puerta; el esclavo Yanga, “negro corpulento”, se presenta, ensangrentado e implora la protección de Mateo Alemán: los alguaciles no lo protegen y quieren atormentarlo. El novelista lo deja pasar a su aposento, para salvarlo. Cuando los alguaciles llegan, pretende impedir que entren; mas logran abrir la puerta y ven que Yanga se ha ahorcado con su faja. Todo esto pasa en contados minutos, como en las escenas de *gran guiñol* que

en el teatro Colón, de México, presentaba la compañía Starace Sainatti por esos años. "Yanga" es una excepcional muestra de teatro de ese tipo, con ambiente del virreinato.

Aunque haya sido publicado en 1928, también por la editorial "Cultura", *Meditaciones de un idealista* se sitúa al lado de la colección de cuentos reunidos en 1937, ya que algunos de ellos fueron escritos antes, en la mocedad del narrador. Lo aproxima, además, a *En torno a la paradoja*, el hecho de que su tema sea análogo al de la novela corta que cierra este volumen: "El festín de dos colores". En ésta, un pintor se enamora de una bailarina, temporalmente separada del marido, y se aleja de la artista, cuando el marido retorna. En *Meditaciones de un idealista* —que es, realmente, novela epistolar—, un crítico de arte, sincero admirador de una actriz dramática, le escribe cartas apasionadas, en las cuales no sólo habla de ella como excepcional intérprete. La muerte de aquél da fin al libro.

La serie de cartas —con "meditaciones" acerca del arte dramático, de los autores y de los intérpretes que justifican el título—, va precedida de un proemio, que Luis Garrido suscribe, como devoto amigo del supuesto autor, para presentar las misivas que le atribuye; recurso que no sólo empleaba él, por aquellos años: mi experiencia personal, con una tentativa novelesca —*Un autor novel*— me permite confirmarlo. El autor puede escribir con mayor libertad, cuando atribuye a un desconocido anónimo las páginas que trazó y las ofrece como obra ajena, legado del desaparecido autor. De ese modo, sus juicios, o "meditaciones" no parecerán excesivos y podrá elogiar ese fruto del "trabajo de un poeta y de un filósofo, que brinda su modesto mensaje acerca de lo que sentimos y pensamos muchas veces frente a la escena..." Además, advierte: "Corregí y ordené algunas cartas de mi dilecto amigo, tomadas de un libro copiadador, y he aquí que recorro a tu benevolencia para que no trates de juzgarlas... Y también: "... quiso comunicar a una actriz alta y graciosa las chispas iluminadoras de sus puros sentimientos, de su actitud serena y de su alegría por las cosas del espíritu".

Para cualquier lector coetáneo, habría sido fácil dar el nombre de la grácil y alta actriz que inspiró estas cartas: le bastaría con examinar —en la página de espectáculos de cualquier diario metropolitano de mediados del tercer decenio del presente siglo— el selecto repertorio al cual se alude en las *Meditaciones de un idea-*

*lista*. La tarea sería más fácil para quien hubiera visto actuar a esa actriz elegante, distinguida.

En las cartas, que se supone fueron escritas de mediados de un año a principios del siguiente, sin fecha precisa alguna, se menciona, entre otros autores, a Wilde, por "El abanico de Lady Windermere" y "Una mujer sin importancia"; a Ibsen, por "Espectros" y "Brand"; a François de Curel, por "Tierra inhumana"; a D'Annunzio, por "La Gioconda"; a Bataille, por "La ternura", como algunos de los autores de obras por esa actriz admirablemente interpretadas.

Se menciona, también, a los clásicos españoles, ingleses y franceses, a von Kleinst, y entre los modernos y contemporáneos: Andreief, Bjornson, Strindberg, Hebel, Suderman, Shaw, Pirandello, Lenormand, Rosso di San Secondo y algunos más; pero como pretexto para opinar sobre ellos, al sugerir a la actriz que los incorpore en su repertorio. En las cartas hay, además, opiniones —o "meditaciones"— acerca de la música —Beethoven, Schubert, Chopin—; sobre otras bellas artes; sobre alguna trágica extranjera, intérprete, fracasada, de obras de Wedekind, y se recuerda a Marquina, Fernández Ardavín, los hermanos Machado y Benavente. Como el crítico debe opinar sobre las obras representadas por otras artistas, eso le permite pasar del drama a la comedia y aun a la zarzuela, aunque advierta que "eso" no es arte. En cuanto a estética, menciona al maestro Caso, a Vasconcelos y a Croce. Acerca de la literatura mexicana, dice: "En la poesía y en la novela tuvimos los temas de la Colonia. Y ahora el teatro se llena de resonancias virreinales. No entiendo ese movimiento de arqueología literaria". Concluye esa carta con la sugerencia de que se pida "a los artistas nuevos que abandonen esa preferencia por las cosas de antaño, y que expresen los ideales de la existencia moderna en el tablado, en el lienzo o en el libro".

Como la actriz admirada hace recorridos por las Antillas y la América del Sur, sus ausencias le permiten opinar acerca de otros asuntos, dentro del teatro mismo, al escribirle. Cuando la primera actriz vuelve de su viaje y reaparece con "La dama de las camelias", de Dumas hijo, eso le permite elogiar su belleza, la elegancia con que viste, su excelente gusto. La obsequia un libro y solicita, a cambio de él, un fetiche: el pañuelo que ha usado en "La Gioconda".

Acerca del teatro nacional, su parecer no es optimista: según él, los jóvenes dramaturgos mexicanos de entonces “pretenden edificar el teatro nacional con un criollismo decorativo”. “¿Acaso —pregunta— ignorarán que el arte dramático reside en el juego de las pasiones?”

Se anuncia el matrimonio de la actriz “con un distinguido artista” y el crítico se refugia en la soledad. “Ha llegado una vieja compañera”, escribe en una carta en la que hay ya el frío de diciembre. Después de admirarla en la que para él será su “postrera creación”, enfermo ya, a principios de enero, aún expone ideas sobre tragedia y comedia. En la última semana de ese mes, la actriz va a informarse del estado del enfermo. El lo agradece; pero rehusa verla. Al despedirse definitivamente, escribe: “Le dejo, querida amiga, mis libros más amados, en testimonio de profunda gratitud”.

Concluye el libro, con las “Divagaciones teatrales”, que el coleccionador de las cartas inserta, por haberse extraviado, según dice, el artículo que mencionaba en la última. Contienen lúcidas observaciones acerca de “El valor sociológico” y “La evolución” del teatro; sobre el retraso que en él existía, “en nuestra América”; sobre “Los actores”, “La arquitectura” teatral, “El decorado” y la “Renovación” indispensable del teatro.

Independientemente de la ficción: el interés de un crítico por la actriz descollante a quien admira y cuyo trato personal rehuye —aunque pase junto a él, no se atreve a saludarla— pues de otro modo no se justificaría la sostenida correspondencia, con el desenlace: la muerte del admirador, platónico apasionado, *Meditaciones de un idealista* tiene, aparte de la literatura teatral y de sus intérpretes y realizadores en la escena, incluidos el diseñador de vestuario y el escenógrafo, que participan, con el director de escena, en el montaje de la obra. No podrán prescindir de él, por consiguiente, los historiadores del teatro, en general, y en particular, desde luego, quien se interese por seguir la evolución del teatro entre nosotros.

Próximo a las dos ficciones precedentes se halla *Itinerario de amor*, libro que se sitúa por su elaboración, cronológicamente, cerca de la última obra examinada y de los primeros relatos de viaje y ensayos sobre literaturas europeas de los que hará mención en seguida. El doctor Garrido lo escribió hacia 1939, pues el tema se desarrolla antes de que estalle la segunda guerra mundial. Pu-

blicado tres lustros más tarde, lo imprimió cuidadosamente en 1954, Gráfica Panamericana, con pulcra tipografía y bella presentación, en tirada que se limitó a 500 ejemplares, de los que el autor sólo hizo circular, entre contadas personas, una mínima parte —por razones que su discreción calla.

Consta de cuarenta breves capítulos —estampa, alguno de ellos— que llevan epígrafes bien seleccionados: pensamientos que se relacionan con el amor, al cual el título alude. Al frente del libro, se hallan cuatro versos de Mallarmé: aquellos en que se dirige a una “hermana serena” a cuyos ojos sube el cielo, “como en transido jardín sube la fuente”.

En la página inicial dice al lector que “esta pequeña novela” —114 páginas— fue escrita “hace quince años”. Agrega que “sólo tiene dos personajes, cuyos nombres omito, porque lo que interesa es el proceso de sus almas. Es la vida breve de una pareja, en las horas mejores de su existencia: las de un profundo y bello amor”. Sin que hubiera creído necesario imaginar “un sueño misterioso” o un “ideal conmovedor, trató de seguir únicamente sus “palabras y acciones, como exponentes de un pensamiento que fluye humanamente de sus corazones apasionados”. No lo escribió para quienes gustan de la ficción sino para presentar a esos dos espíritus y dar la “experiencia de sus ideas sobre los momentos que viven, plenos de ternura y de emoción...”

Escrito como una compilación de recuerdos sobre episodios e impresiones que aquellos dos seres comparten, el derrotero amoroso se inicia en Italia para concluir en Francia, tras un recorrido por España y breve estancia en Suiza.

Las emociones del viajero apasionado que las narra se entrelazan con las impresiones recogidas en cada lugar, a partir de Viareggio, donde el primer encuentro se efectúa.

En Italia, Capri, Nápoles, Florencia —que los retiene con sus maravillas—, Venecia y, tras corta separación, Milán —con la interpretación de *Bohemia* en la Scala—, Roma, profana y sacra, con un atardecer en el Pincio. En España, además de Madrid, con la visita al Museo del Prado, Ávila de los Caballeros —San Juan de la Cruz, Santa Teresa—, Granada, con la Alhambra y el Generalife. En Francia, ante todo, París, con las Tullerías, Versalles; un alto en el Louvre y, tras un paréntesis en el campo, la Comedia Francesa, con *Cyrano* en escena; el Palacio Chaillot, para escuchar una ejecución de Rubinstein que interpreta a Beethoven. En Suiza,

la vista del lago Lemán; la excursión a la Jungfrau —joven señora—, y el retorno a Francia; un alto en Cannes, varios puntos del trayecto que los conduce a Niza: paisajes de la Costa Azul; Montecarlo; la cornisa, Villefranche y la cubierta del "Rex", donde el destino los separa: su despedida de la amada, frente al camarote —que ella compartirá con una señora americana—; su desaparición y la sorpresa de que fue "detenida por espía". Última visión de ella, en el muelle, "triste y llorosa", "Imagen viva del sufrimiento". En la cabina, abiertos los baúles —los vestidos "yacían como telas muertas"—, el ambiente se satura del perfume de la ausente con la que no volvería a encontrarse.

En las páginas de *Itinerario de amor* hay algo más que el rastro de una pareja de jóvenes apasionados que cambian caricias y comentarios frente a los aspectos del paisaje; la descripción de la belleza femenina en que el enamorado se complace, al detenerse en sus rasgos y en detalles de la indumentaria, alterna con las alusiones a la hermosura de los lugares que visitan; la calidad de las obras de arte —escultura, pintura— que admiran y de la música excepcionalmente interpretada; de todo lo más selecto de que disfrutaban juntos y que viene a ser como el contrapunto del amor de ese joven viajero y la enigmática extranjera que lo acompaña; amor que según las palabras finales del libro, fue "una de las mejores alegrías de la vida" de aquél, y que, a la vez lo "haría desdichado —escribe— hasta el fin de su existencia". De ese modo, el canto de amor entonado a dúo, se transforma en dolorosa elegía que traza, para sí, el viajero desolado, tras el desgarramiento: la inesperada separación que lo priva de su compañera.

Viajero perspicaz, inteligente y sensitivo —de aquellos que antes de visitar a un país se enteran de lo más importante que en él existe—, es Luis Garrido. Observador atento, de la contemplación de la belleza extrae reflexiones, meditaciones que organiza en artículos y ensayos, los cuales, después de aparecer en las páginas del diario donde colabora, reúne en volúmenes. En quince años, entre 1951 y 1966, ha publicado media docena de libros que contienen sus impresiones acerca de los lugares que conoció, y a los que a veces ha vuelto.

Así, en *Trasunto de Egipto* —con el cual prosiguió Wilberto Cantón una serie que yo había iniciado en la Imprenta Universitaria— ofreció en el primer año sus recuerdos de un recorrido que partió del Cairo, con la visita a sus edificios mayores —el

Palacio, las Universidades, el Museo—, para seguir por Luxor, el Valle de los Reyes y Karnak; con los capítulos sobre las joyas de Tutankamen, el arte egipcio y los escribas, culminación de la escultura, sin que dejara de apreciar la belleza del moderno Egipto.

Después de sus contactos iniciales con el arte italiano, en 1958 dio *Evocaciones de Italia*, que está dedicado a su esposa, quien lo acompañó en su recorrido, en el cual partió de Génova, para ir a Milán, Florencia, Siena, Venecia —a la que tornaría, en otra serie de ensayos—, Ravena, Perugia, Asís, Roma, Nápoles y Palermo.

Al año siguiente, en *Visión de Israel*, habló de la nación que florecía y de sus instituciones principales, de San Juan de Acre, de la Mezquita de Omar, Cafarnaum, Nazaret, Belén y de varios sitios evocadores como aquellos en que se halla “La Vía Dolorosa”, que describió emotivamente.

En 1962, con *La sonrisa de París*, se asomó literariamente a uno de los países por él más amados, después del propio: Francia, para detenerse en su capital, ir por las dos riberas del Sena, admirar a la elegante parisiense; visitar teatros, museos, iglesias y recintos universitarios, jardines y bellos alrededores, sin olvidar a Versalles, Chartres y algunos castillos franceses.

*Venecia la incomparable* —que prologó Antonio Castro Leal— confirma en 1956 su justificado interés por esa ciudad italiana a la que retornó para ampliar y afirmar algunas de sus primeras impresiones, con miradas retrospectivas acerca de su origen y desarrollo, que abarcan las descripciones entusiastas de la Basílica de San Marcos, el gran canal, las calles, el Palacio de los Dogos, y extasiarse ante algunas obras maestras de Tiziano, Tintoretto y el Veronés, sin olvidarse de otros y de aquellos artistas —músicos y poetas— que allí vivieron: Byron, Verdi, Wagner, D’Annunzio.

Ese mismo año Finisterre imprimió el nutrido tomo: *Días y hombres de España* que, como indica su título, reúne impresiones de viaje y semblanzas de escritores; entre aquéllas, las de Barcelona, Sitges, Mallorca, Valencia, Sevilla, Granada, Córdoba, Mérida, Cáceres, Madrid, Toledo y San Sebastián. Entre los escritores conocidos están Cervantes, Lope, Zorrilla, Juan Ramón Jiménez, Baroja, Azorín y Benavente.

La doble vertiente: paisajes, autores, conduce al lector de las obras literarias de Luis Garrido, a aquellas con las cuales inicia su contacto con Francia, a la que gustoso retornaría después: *El espíritu de Francia*, en 1947, y *Voces de Francia*, diez años más

tarde. Por el primero desfilan: Romain Rolland, Cyrano, Jean Giraudoux, Paul Valéry, Gide, Jules Romains —que acaba de marcharse— y Montesquieu, entre otros. Por las páginas del segundo, Montaigne, Balzac, Zola, Daudet, Anatole France, Charles-Louis Phillipe, Jules Renard, Henri Bergson, Marcel Schwob, Antoine de Saint-Exupery, François Mauriac, Colette, Paul Claudel y André Maurois. Con ambos libros probó, una vez más, su devoción a la “dulce Francia”.

Al pasar de los artículos y ensayos breves a los estudios de crítica extensos, en la amplia producción del doctor Garrido se cuentan los que ha consagrado a cuatro escritores mexicanos y un español que figuran entre los preferidos: *Reyes*, *Caso*, *Vasconcelos* y *Pereyra*, son aquéllos. Azorín es el hispano de cuya obra se ocupó inicialmente en *Días y hombres de España*.

El libro sobre Alfonso Reyes apareció oportunamente, en 1954. cinco años antes de su fallecimiento; *Antonio Caso. Una vida profunda*, en 1961; *José Vasconcelos*, en 1963 —pocos años después de la partida de ambos— y *Carlos Pereyra*, en 1969, dos años antes de que la Academia conmemorara el centenario de su nacimiento. El libro dedicado a la vida y la obra del hispano Martínez Ruiz data de 1967, cuando Azorín aún vivía.

En estos volúmenes —que hubiera deseado comentar, como los anteriores, si el tiempo no apremiara— resume la vida de cada escritor y enfoca certeramente los aspectos descollantes de la tarea que se impusieron y realizaron durante los años de actividad continua, Reyes, Caso, Vasconcelos, Pereyra y Azorín, dentro de los medios en que pudieron actuar a lo largo de su existencia.

La atención del ensayista y crítico de arte, como pudo advertirse en algunas de las *Meditaciones de un idealista*, se había fijado en la pintura mexicana y preferentemente en la de Saturnino Herrán. A éste consagró la monografía publicada por el Fondo de Cultura Económica, en 1971. Su *Saturnino Herrán* —que en lo biográfico revela detalles desconocidos acerca del hombre—, abarca la pintura y las ilustraciones que trazó el artista cuya obra se vincula con la renovación de la plástica, dentro del nacionalismo que despertó la Revolución mexicana.

Han quedado forzosamente fuera de este ensayo sobre la obra literaria del doctor Garrido, los estudios jurídicos —acerca de los cuales hablará aquí, esta noche, aquel abogado con quien he compartido, satisfecho, el presidium, en el homenaje que nos reúne—;

mas, aun dentro de ese campo, habría que hacer una excepción, pues los tres capítulos finales de *Notas de un penalista* —1947—, están consagrados a un pintor: Roberto Montenegro; un filósofo: el Maestro Caso, y un poeta y prosista: Ramón López Velarde, a quien se recordó el año próximo pasado, no sólo en su tierra natal zacatecana.

Por falta de tiempo, tampoco se habla aquí de las palabras que dirigió, en 1968, *A un joven estudiante universitario* y de la selección y el prólogo de *Páginas escogidas* de Francisco A. de Icaza (1958), para la Biblioteca del Estudiante Universitario.

Otro sector no tocado aquí es el de la oratoria que el doctor Garrido practica no sólo en la cátedra y en academias como la de Ciencias Penales —donde ha respondido al discurso de don Mariano Jiménez Huerta (1956) y a los de otros abogados— y en la Mexicana Correspondiente de la Española. En ésta, al ingresar, en 1956, habló sobre *La criminología en la obra de Cervantes*, y en fechas posteriores, ha pronunciado discursos en los homenajes a don Alfonso Teja Zabre (1962); a don Francisco A. de Icaza (1963); a don Francisco J. Santamaría (1963); a don Isidro Fabela (1964); a don Andrés Bello (1965); a don Balbino Dávalos (1966); a don Juan B. Delgado (1969) y a don Carlos Pereyra (1972). Además, habló sobre “Los Juristas en la Academia”, en 1965; y dio respuesta al discurso de ingreso del Correspondiente Aureliano Hernández Palacios, en 1966.

Sobre *La posición de la juventud ante los problemas de nuestro tiempo*, habló en San Luis Potosí, en 1951. De su elocuencia dan testimonio, además, los discursos reunidos en los tomos siguientes: *Discursos y mensajes* (1952); *Palabras universitarias* (1954) y *Discursos conmemorativos* (1966), aparte aquellos que aparecieron en revistas como “Pensamiento y destino de la Ciudad Universitaria de México” (1952). Todos ellos contienen ideas precisas, conceptos bien definidos, en los que expresa con claridad su pensamiento.

En conjunto, la obra del doctor Luis Garrido por la cual le rinde homenaje ahora la Biblioteca Nacional de México —de la que es eficaz Director el Lic. Ernesto de la Torre Villar—, con la exposición bibliográfica bien preparada y dispuesta por Othón Lara Barba, ofrece un extenso, variado panorama, en unos cuarenta libros.

Si se reflexiona que éstos son el resultado de una labor constante, desarrollada a lo largo del medio siglo de su vida de escritor —la exposición y el homenaje conmemoran este jubileo—, se comprenderá lo que significa, en cuanto a preparación, entusiasmo sostenido y voluntad constante.

La presencia de aquellos que en este acto nos acompañan ratifica, además, la admiración, el afecto de amigos y colegas hacia el equilibrado pensador, el abogado ejemplar, el profundo penalista y el sereno, fecundo escritor mexicano con quien pocos de sus contemporáneos podrían compararse.

En el Gobierno del Estado de Michoacán un hombre sencillo y bondadoso, Ranchero manso de la Piedad de Coahuila, el general Benigno Ramírez es revolucionario desde la etapa maderista, con los atributos del pontifical revolucionario de sus años de la Revolución. Militante más que militar, profeta, el general Ramírez inspira la simpatía de los que le conocen, con la fuerza de su trato y su espíritu sereno.

Llevo al Gobernador, como Secretario de Gobierno, a Juan Solla, impetuoso, inteligente y en los últimos años a un hombre que resuelve los problemas de Michoacán. En la vida es un hombre que se dedica a la política por amor, con un espíritu sereno.

Entre los colaboradores del gobierno, el Procurador General de Justicia, don Juan de Dios, es un hombre que se dedica a la política por amor, con un espíritu sereno.

Entre los colaboradores del gobierno, el Procurador General de Justicia del Estado de Michoacán, don Juan de Dios, es un hombre que se dedica a la política por amor, con un espíritu sereno.

El modo espontáneo se formó un grupo de escritores en el círculo de las letras y lleno de preocupaciones, entre ellos don Juan de Dios, formaba parte del círculo. El poeta y dramaturgo, don Esteban Estarza Lavano, que daba la impresión de vivir en un mundo aparte, extraño a la realidad de todos los días. También el poeta don Franto Carreón siempre se dedicó a la política y a la novela, con un espíritu sereno. Y Francisco Aranda Solla, poeta de

